

LAS MUJERES SOSTIENEN LA MITAD DEL CIELO

Jesús María Sáez

LAS MUJERES SOSTIENEN LA MITAD DEL CIELO

Una novela de Jesús María Sáez «Txusmi Sáez»

Primera edición: julio de 2023

ISBN: 9798857477618

Sello: Independently published

Depósito Legal: LG G 00595-2023

Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (Spain)

info@txusmi.es

www.txusmi.com / www.txusmi.es

Fotografía de portada: José Farrell

Modelo de portada: Neus X. Liria Vivancos

Estilismo: Sandra Molinas Allué

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección de textos: Rosina Iglesias

N.º de registro (Textos) Digital CEDRO: VRg23pyl-2023-08-14T18:45:16.682

Registro Portada Safe Creative: 2307304927599 – 2308145062616

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores del País Vasco

金克木，
木克土，
土克水，
水克火，
火克金。

Jīn kè mù, mù kè tǔ, tǔ kè shuǐ, shuǐ kè huǒ,
huǒ kè jīn.

«El metal vence a la madera, la madera vence a la tierra, la tierra vence al agua, el agua vence al fuego, el fuego vence al metal...»

(Proverbio popular chino)

ÍNDICE

<i>ÍNDICE</i>	7
<i>PRÓLOGO</i>	9
<i>CAPÍTULO 1 Una firma de libros</i>	13
<i>CAPÍTULO 2 Una extracción</i>	46
<i>CAPÍTULO 3 Un viaje a Hong Kong</i>	69
<i>CAPÍTULO 4 Un encuentro en Barcelona</i>	84
<i>CAPÍTULO 5 Una cena de escándalo</i>	95
<i>CAPÍTULO 6 Una clase magistral de espionaje</i>	109
<i>CAPÍTULO 7 Un pelo rizado del pubis</i>	125
<i>CAPÍTULO 8 Un museo</i>	144
<i>CAPÍTULO 9 Una adolescente</i>	157
<i>CAPÍTULO 10 Un submarino</i>	175
<i>CAPÍTULO 11 Un domingo de mierda</i>	190
<i>CAPÍTULO 12 Unos cojones</i>	200
<i>CAPÍTULO 13 Un viaje</i>	211
<i>CAPÍTULO 14 Un encuentro en Cartagena</i>	228
<i>CAPÍTULO 15 Una purga</i>	241
<i>CAPÍTULO 16 Una orgía</i>	256
<i>CAPÍTULO 17 Una encerrona</i>	269
<i>EPÍLOGO</i>	289
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	301
<i>EL AUTOR</i>	304
<i>OTROS TÍTULOS DISPONIBLES</i>	308

PRÓLOGO

PARÍS, SEPTIEMBRE DE 2021

«Erika decidió desprenderse de la camiseta hecha jirones salpicada con la sangre de Andrei para vestirse, a continuación, con una sudadera de Hello Kitty que guardaba en el interior de la mochila. Descruzó los brazos sobre la cabeza retirando la prenda vieja y se quitó el sujetador, puesto que la hemoglobina abundante había traspasado el tejido de algodón. Inmediatamente sus dos pechos, libres de toda opresión, saltaron jubilosos al exterior.

La puerta del despacho se abrió de golpe y apareció la figura de Jacques Remain empuñando una Heckler & Koch de nueve milímetros.

—¡No te muevas! —le ordenó a la chica vislumbrando con evidente sorpresa su torso desnudo—. Esta vez no creas que vas a escaparte como si nada. Quedas detenida y si haces un solo movimiento en falso te vuelo la tapa de los sesos —aseguró rotundo sin el menor atisbo de duda.

Remain, un inspector de la Gendarmería Nacional francesa, llevaba un año tras los pasos de la agente Erika Shommer, una temible sicaria perteneciente al servicio secreto israelí. Hoy podía acabar siendo un día determinante para su captura, cuando la había seguido hasta el barrio marginal de La Grande Borneen, un suburbio al sur del aeropuerto de Orly, antiguo núcleo obrero, en la actualidad poblado en su gran mayoría por inmigrantes sin trabajo, en donde la tasa de paro supera el setenta por ciento. Remain sabía, gracias a un oportuno

chivatazo filisteo, que la miembro del Mosad iba a ejecutar un último trabajo antes de regresar a su tierra prometida. Por desgracia ella había sido más rápida y el inspector francés no pudo evitar el asesinato a sangre fría del comerciante de armas ruso con permiso de residencia en la Unión Europea.

Erika dejó caer la camiseta y el sujetador al suelo y mantuvo los brazos en jarras mientras observaba a Jacques Remain. Era un hombre guapo, moreno, con el pelo revuelto en un sinfín de graciosos caracolillos. Dibujaba una barba de un par de jornadas sin afeitarse, y la camisa a medida, de la talla justa o acaso de un número menor, realzaba su torso forjado en el gimnasio. Sin duda se lo hubiera tirado de buena gana, pero la situación no era propicia en esos momentos para una propuesta romántica.

—Yo he hecho el trabajo sucio —replicó ella casi de un modo infantil—. Déjame ir y quédate con la gloria.

—Ni hablar. Andrei Sokolov nos servía mucho mejor vivo que muerto. Sus conexiones con el crimen organizado y la mafia roja se han ido a la tumba con él y tú no tienes permiso para ejecutar a nadie en mi país —respondió el agente galo de manera solemne, como una misa de mediodía.

—Si eso es lo que decides... —suspiró—. Es una lástima, porque podíamos haberlo pasado muy bien esta noche antes de despedirnos...

Erika se pasó las manos por los pechos desnudos e hizo que ascendieran en su redondez y que rebotaran al soltarlos con un suave movimiento de vaivén, en el que los pezones endurecidos marcaron territorio. Jacques Remain se fijó en ellos unos instantes, el tiempo necesario para descentrar su atención sobre la espía israelí. Esta aprovechó el brevísimo lapso para sacar de la parte posterior de su pantalón un cuchillo de combate, que llevaba sujeto por el cinturón de

los vaqueros ceñidos, y arrojarlo con precisión, como si de un entrenamiento rutinario se tratara, contra el cuerpo del francés. El filo del arma blanca golpeó con fuerza el pecho de Jacques, pero apenas se le introdujo en la piel más de dos centímetros, puesto que la caja torácica retuvo el golpe con una de las costillas que se quebró por el impacto, provocando un neumotórax.

La israelí maldijo su mala decisión de apuntar a la parte superior en busca del corazón cuando hubiera sido más efectivo atravesar el estómago, el bazo o el hígado.

Para cuando el agente francés, sin todas sus facultades al máximo, disparó su arma, Erika Shommer ya se había echado a rodar por el suelo hacia su encuentro. Desde la tarima le lanzó una patada certera que impactó contra el mango del cuchillo a medio clavar y lo hizo entrar, ahora sí, hasta el mismo corazón, que se abrió como un tomate maduro. Los ojos de Remain se agrandaron al sentir el agudo pinchazo en su interior y las pupilas fijaron en la retina, como último recuerdo vital antes de fenecer, la imagen de los dos senos de la muchacha bailoteando risueños, casi descarados, desde el suelo del local».

FIN

CENTRO NACIONAL DE INTELIGENCIA, MADRID
JUNIO DE 2022, VIERNES

—¡Bravo! Un final espectacular. Una mujer bien empoderada que, eso sí, mata un poco. Por lo demás, deliciosa.

—Eso me dicen mis lectores; por algo soy el escritor más leído de nuestro país en este momento. Y ahora que ya me ha dado coba por

mi trabajo, ¿va a explicarme por qué demonios estoy aquí detenido?

—No está detenido, está retenido, que no es lo mismo. Solo queremos hablar con usted un rato y que nos cuente lo que sabe acerca de un asunto que nos resulta de vital importancia y en el que me temo que anda, a sabiendas o no, implicado.

—¿En serio? Sorpréndame. Me encantan los misterios y los acertijos.

—Me consta que así es, pero vayamos por partes. Creo que debemos analizar la situación con cierta perspectiva. —El hombre que interrogaba abrió con parsimonia la carpeta azul oscuro que estaba sobre la mesa, sacando de su interior un número indeterminado de páginas con anotaciones hechas a bolígrafo y fotografías adjuntas. Varios clips metálicos brillaron bajo la luz mortecina de las fluorescentes de la sala—. Empecemos por el principio, ¿le parece?

CAPÍTULO 1

Una firma de libros

FERIA DEL LIBRO DE MADRID DOS HORAS ANTES

Desde 1967 la Feria del Libro de Madrid se celebraba año tras año en el Parque del Retiro, salvando la excepción de 1979 en la que se trasladó al Palacio de Cristal de la Casa de Campo para comprobar en propias carnes el fracaso de un bajón de público sin precedentes, corroborando que el sitio es, en ocasiones, tan importante como lo que se expone. Retomando el enclave habitual, la feria continuó sumando adeptos y casetas hasta llegar a las fechas actuales, cuando, tras cincuenta años de historia intermitente, los puestos de los librereros han acompañado durante más de dos semanas, entre finales de mayo y mediados de junio, a todos los naturales y foráneos que han tenido a bien acercarse a visitar a sus ídolos del papel y robarles una firma o quizás una dedicatoria personalizada para guardarla de manera fetichista en la biblioteca de su casa.

La caseta 101 en donde la Editorial Universo presentaba a sus primeros espadas literarios generaba una cola kilométrica. El recién distinguido con el Premio Universo de Novela llevaba toda la mañana firmando ejemplares tras haber recibido un sustancioso galardón que, además del prestigio cuestionado por la crítica literaria distante del *marketing* exagerado que rodeaba el premio, incorporaba una insana recompensa monetaria al entregar un cheque por valor de un millón de

euros para el ganador y un segundo premio de consolación de cuatrocientos mil euros para quien resultara finalista.

El que era, sin lugar a dudas, el premio literario de mayor cuantía otorgado en el mundo de las letras, superando incluso al Premio Nobel de Literatura por unos miles de euros, atraía adeptos venidos de Madrid y provincias dispuestos a aguardar horas de espera con el fin de verse recompensados con la rúbrica y dedicatoria personalizada de Karlos Larrea. *Dispersos*, su novela ganadora, era un vertiginoso *thriller* con madera de *bestseller* que había vencido en la final del premio a Ana María Solante, una escritora revelación, con su ensayo intimista *El periplo hasta la ciudad utópica*, sin duda dirigida a un público minoritario, con un recorrido comercial probablemente predecible y por tanto menos rentable para amortizar una cantidad tan elevada.

—Creo que debemos terminar por hoy las firmas —le sugirió Alberto Seseña, el agente literario que había conducido hasta la cima de la fama a Karlos—. Estamos invadiendo la hora de Ana María y tú tienes que coger un avión dentro de poco.

—Ahora mismo —respondió el escritor, concentrado en hacer un dibujito simpático acompañando a su rúbrica para una muchacha pelirroja con la cara llena de pecas y rostro infantil que no pasaría de los veinte años—. Me sabe mal dejar a mis lectores esperando en balde.

—Quedan más días para firmar. Vuelves dentro de una semana de Barcelona para estar en varias librerías las jornadas previas a la clausura. Y además no sé yo el tiempo que llevas aquí sin parar. Te va a salir un esguince en la muñeca a este ritmo o, lo que es peor, un síndrome del túnel carpiano como ya te ocurrió una vez —exclamó el agente tirando, literalmente, del brazo de Larrea para hacerle levantar de su asiento.

—Espera, la última —suplicó al ver que su siguiente lectora

portaba media docena de libros bajo el brazo; porque, pese a gustar por igual a hombres y mujeres, la mayoría de las personas que formaban la cola, sin embargo, eran de género femenino—. Es sin duda una fiel seguidora y voy a recompensarla.

—Como quieras, pero es ya la definitiva. Tengo a un taxista esperando en la entrada y está aquí Solante dispuesta a ocupar tu sitio.

Cuando Karlos Larrea se giró para comprobar que su compañera de editorial y finalista del Premio Universo aguardaba paciente entre bambalinas al fondo de la caseta, se dio cuenta de que estaba monopolizando el evento.

—Ahora mismo, Ana —se disculpó con una sonrisa arrebatadora. La escritora también sonrió con sinceridad, casi agradecida, sabiendo a conciencia que ella era el segundo plato del menú editorial.

La circulación por las calles centrales de Madrid era cuanto menos agobiante y en especial ese día. Un accidente relevante en la M30, del que la central de Tele Taxi había informado convenientemente por la emisora a sus mil quinientos vehículos, condicionaba por completo el flujo de automóviles hacia otras zonas. Si bien la salida del Retiro por la avenida Menéndez Pelayo girando después por O'Donnell la cubrieron en unos razonables diez minutos, la retención cerca del Hospital Materno Infantil Gregorio Marañón se presentaba importante. El taxista buscó un recorrido alternativo en el GPS del coche por Dr. Esquerro pero al enfocar la calle paralela el atasco se hizo mayor por momentos.

—¿A qué hora tengo el vuelo? —preguntó Karlos a su representante literario.

—Si no nos encontramos con una catástrofe de por medio, llegamos con tiempo de sobra. —Lo tranquilizó consultando el reloj de pulsera marca Omega, de esos pelucos clásicos casi ostentosos, nada

que ver con los *smartwatches* de ahora con pantallas electrónicas y multifunciones—. Hasta las cuatro no sale nuestro puente aéreo, así que nos da tiempo incluso de almorzar algo en la cafetería del aeropuerto, porque no sé tú, pero yo tengo un agujero en el estómago. Estoy con un café cortado desde el desayuno.

—No se preocupen —intervino el taxista sin vela en el entierro—, son muy habituales las retenciones a estas horas, ya saben, la salida de los colegios que entorpecen el tráfico. Suelen durar poco —profetizó como solo los taxistas conocedores de los ritmos horarios de la población y los meteorólogos especulando con las isobaras ante una pantalla en croma saben hacer—. En media hora estamos en Barajas sin problema —concluyó rotundo.

Alberto Seseña miró por la ventanilla de su lado con un gesto de resignación. Una mujer arrastraba del brazo a una niña cargada con una mochila que a todas luces resultaba exagerada para el tamaño de la muchacha, cuya espalda parecía curvarse de manera extraordinaria ante el peso de la cultura. Mientras protestaba airadamente, daba pequeños mordisquitos a un pan Bimbo relleno de un embutido rojizo que asomaba descarado, como queriendo escapar de las fauces de la niña. Su madre se paró, le dijo algo en tono malhumorado y volvió a tirar del brazo de la cría para desaparecer calle abajo. El asistente giró la cabeza hacia Karlos y bajó el tono de voz ante la perspicacia auditiva del chófer:

—Por cierto —empezó—, el comentario del otro día que dejaste en Twitter no ha sido muy acertado que digamos. Te he dicho en más de una ocasión que en la editorial tenemos un equipo de *marketing* que se encarga de gestionar las cuentas de otros escritores, con amplia experiencia en ese campo, y normalmente evitan en todo momento enfrentamientos como los que se produjeron.

—No quiero que nadie, por muy profesional que sea, gestione

mis cuentas personales —respondió Larrea serio—. Tus compañeros de Universo llevan mi página web a su antojo. No me apetece que opinen por mí en las redes sociales.

—Ya, pero no nos conviene generar una polémica como la del otro día a cuenta de un puñetero disfraz de payaso.

—Lo que pasa es que en Twitter están todos cabreados permanentemente —replicó con cierta sorna—. Vivimos en un país de ofendidos en donde no hay manera de expresar tu opinión porque siempre aparece alguno, alguna o *algune* que se sienten injuriados o vejados por lo que escribes.

—Pero llamar *feminazi* públicamente a la respetada directora gerundense de la Editorial Palamós no es la mejor manera de crearte seguidoras...

—¿Has leído el tuit?

—Sí. La alusión que hiciste a la ambigüedad de los payasos y su facilidad para provocar la risa o el miedo. Es bueno.

—Evidentemente que lo es. El maestro Stephen King lo plasmó como nadie en su obra *It* con Pennywise: ese maquillaje acompañando a la nariz roja que dan un matiz siniestro y a la vez logran ocultar la identidad del individuo. ¿Sabes que el antropólogo con apellido de pantalones vaqueros Claude Lévi-Strauss explicó en su libro *La vía de las máscaras* que la utilización de una careta otorga una sensación de libertad a su portador? Elimina de manera temporal el rostro de la interacción personal, con todo lo que conlleva psicológicamente.

—El problema fue la foto del payaso, más bien, la payasa que acompañaba tu comentario —respondió conciso Seseña.

—Esa chica es una modelo muy popular en el mundillo y aparece posando para una sesión de Farrell, un fotógrafo catalán de reconocido prestigio, además de buen amigo y colaborador en varias portadas de mis libros, por si no lo recuerdas.

—Todo eso lo sé de sobra, trabajamos con él en la editorial. Ahora, ¿eras consciente de que exponer a esa chica maquillada de *clown* en ropa interior iba a generar respuestas agresivas por parte de algunos sectores?

—Los más radicales; siempre es lo mismo. —El escritor miró al cielo, que en esta ocasión se encontraba ataviado de amplio techo solar escamoteado sobre el vehículo—. Fueron un par de comentarios de feministas exacerbadas a las que todo les parece mal; lo que te he dicho antes, somos un país de ofendidos.

—Intervino hasta la ministra de Igualdad...

—¡Otra que tal baila!

—Ya, pero, en fin, tus lectores y sobre todo lectoras en este caso se encuentran en todos los colectivos. ¡Y por amor de Dios! —se soliviantó elevando las manos y el tono de voz—, ¡no fueron un par! Tu respuesta generó doce mil comentarios, cada cual más inapropiado...

—Por cierto, se convirtió en uno de los tuits más vistos y comentados de toda la semana. —Sonrió Larrea con socarronería—. ¿No querías publicidad? Toma publicidad. Mejor que hablen de ti, aunque sea para mal.

—Ese no es el camino.

—Joder, pareces el Mandalorian.

El Skoda Superb que los llevaba camino del aeropuerto se detuvo con brusquedad ante el cambio a rojo del semáforo, todo ello acompañado por un gruñido de desaprobación del taxista y un insulto contra el alcalde de Madrid, el concejal de urbanismo y el reproche a la pésima gestión de ambos en cuanto al tráfico rodado. El chófer se disculpó por el zarandeo con el que había obsequiado a sus pasajeros, que los había agitado en sus asientos hacia la mampara de separación.

Al cambiar el disco treinta segundos después a un color propicio, mientras los últimos peatones aceleraban el paso para cruzar,

la fila en la que se encontraba detenido el taxi agilizó sorprendentemente bien y retomaron la marcha con rapidez. En el momento justo en que atravesaban el cruce, una bicicleta apareció despistada por la derecha e impactó sobre el lateral del vehículo incapaz de frenar a tiempo. El ciclista salió despedido y rodó encima del capó para terminar cayendo al asfalto por el otro lado. Por fortuna llevaba el casco integral puesto, lo que le evitó partirse la crisma contra el suelo.

—¡Joder! —gritó el taxista frenando en seco, lanzando a los ocupantes posteriores otra vez contra los asientos delanteros y la mampara de seguridad—. ¿Están bien? —Se interesó de nuevo mientras descendía presuroso de su vehículo blanco.

—¡Qué susto! Vaya hostia que se ha dado el ciclista. Bajemos a ver qué tal está —exclamó Karlos visiblemente conmocionado por la experiencia.

—Bajo yo. Tú espera en el coche —le aconsejó su *mánager*.

El herido de la bici, un hombre joven con la cara llena de pecas y vestido con un chándal de Adidas, se quejaba de la pierna derecha. Varios peatones se arremolinaron en la escena del accidente. Uno de ellos decidió llamar a Emergencias.

—¿Puedes mover la pierna? —preguntó una chica que se identificó como enfermera haciéndose cargo de la situación.

—No. No puedo, creo que me la he roto —sollozó el ciclista en una mueca de dolor. Es que el taxi iba como loco...

—¿Como loco yo? —se exacerbó el propietario de la licencia—, ¡pero si te has pasado el cruce en rojo! Gilipollas...

Una sirena resonó próxima y un Toyota Prius+ nuevecito de la Policía Local de Madrid apareció de la nada. Descendieron dos agentes, un hombre corpulento con la cabeza pelada al cero acompañado de una mujer delgada, rubia, con el pelo recogido en una cola de caballo. Se

reubicaron la porra correctamente al salir del interior del ajustado coche patrulla. Fue el hombre quien se interesó por lo ocurrido. La mujer escrutó el taxi percatándose de que aún quedaba alguien dentro.

—Tiene que bajar y facilitarme sus datos —ordenó golpeando con los nudillos la ventanilla junto a Karlos, que la observaba indiferente—. Ha sido testigo presencial del accidente, ¿no es así?

—Yo también, señora agente —confirmó Alberto Seseña, el representante literario, que apareció de improviso. Lo único, le informo de que debemos coger un avión en breve y solo somos los ocupantes, no tenemos ninguna responsabilidad en lo ocurrido.

—Entiendo. No obstante, deberemos comprobar la filiación de ambos —aseveró la policía rubia sin dar una alternativa—. Acompáñeme al coche patrulla y lo haremos en un momento, así podrán proseguir su viaje.

Karlos Larrea descendió del taxi y siguió a la agente hacia el Toyota blanco rotulado en azul y amarillo, con el escudo del oso y el madroño en la puerta junto a un dibujo de un cable verde para indicar que se trataba de un coche híbrido eléctrico. El pantalón azul de trabajo se le ajustaba como un guante en el culo, dejando visible una atractiva silueta. Al comprobar que Alberto Seseña también los seguía, la municipal le conminó a esperar junto a su compañero, que hablaba con el accidentado. «Uno a uno, no vaya a ser que nos agobiemos», debió de pensar. El escritor y la policía entraron finalmente en la parte trasera del coche patrulla mientras una ambulancia del SAMUR intentaba atravesar el atasco que se había formado a lo largo y ancho de la calle. Más rotativos lejanos intuían la llegada de al menos otra unidad de la Policía Local.

El agente robusto explicó al representante de la Editorial Universo y al taxista que aguardaran un momento donde ambos permanecían junto al ciclista caído atendido por la enfermera

espontánea. Después, el funcionario se dirigió al coche patrulla para recoger algún tipo de formulario. Fue cuando, una vez sentado en el puesto del conductor, de pronto, arrancó y desapareció con las luces destellantes encendidas por la bocacalle de la derecha por donde había surgido antes el deportista a dos ruedas. Nadie hizo mucho caso de la marcha de los agentes excepto el representante de Karlos Larrea que los miró sorprendido sin entender nada. Una furgoneta de atestados llegó en ese instante y se detuvo justo detrás, con la ambulancia amarilla pegada al portón trasero.

—¡Eh! ¿Adónde me llevan? —protestó el escritor mientras se alejaban del lugar del suceso a una velocidad considerable—. Intentó abrir en vano la puerta de su lado, evidentemente bloqueada.

—No se alarme —le respondió la mujer policía acomodada a su lado rozándole levemente el brazo—, vamos a acompañarlo hasta otro lugar más tranquilo para que le hagan unas preguntas.

—No, si no me alarmo. Lo que ocurre es que tengo un vuelo inminente que tomar a Barcelona.

—Me parece que eso no va a ser posible.

Y entonces Karlos comenzó a alarmarse.

CENTRO NACIONAL DE INTELIGENCIA, MADRID DOS HORAS DESPUÉS

El edificio de la calle Argentona era un enorme complejo formado por múltiples edificaciones diferentes, levantado en la Cuesta de las Perdices, una tranquila zona casi bucólica de la capital de España, sobre un promontorio natural que mengua hacia la ribera del río Manzanares y limita con el monte de El Pardo por un lado y, por el otro, con la carretera de A Coruña junto a la Casa de Campo. El CNI, el Centro

Nacional de Inteligencia, un organismo público dependiente del Ministerio de Defensa, es el máximo responsable en labores de seguridad e inteligencia dentro de España, con plena autonomía funcional, operacional y jurídica a la hora de actuar.

El coche de la Policía Local entró en el recinto protegido una vez pasó los pertinentes controles de seguridad, atravesando diversas calles asfaltadas que comunicaban con otros tantos edificios. Uno de ellos, el que parecía el principal, tenía forma de i griega. Giraron a un lado, pasando ante una servicial gasolinera de uso restringido. Un monumento erigido en honor a los caídos en Iraq quedó a un lado y, más adelante, el Toyota Prius se detuvo ante un edificio secundario en donde le estaban esperando en la puerta para conducirlo al interior.

Karlos Larrea aguardaba sentado ante una mesa en un cuarto pequeño, austero, donde la propia mesa, su silla y otra igual enfrentada a él completaban toda la decoración. El enorme espejo empotrado en la pared del fondo, tan típico de las salas de interrogatorios tras el que se ocultan los policías, y una cámara ubicada en la esquina del techo vigilaban al escritor. La luz cenital reflejada por unos fluorescentes de instituto recreaba un tono tenue un tanto apagado por toda la estancia. Todo como en una película, o más bien como en una novela. Como en una novela que él mismo escribía.

Se abrió la única puerta de la estancia y tras ella apareció un hombre fuerte, de la edad del escritor más o menos, vestido con un pantalón de pana fina azulona y una chaqueta a juego. Llevaba una camisa clara en tono turquesa en la que una mancha más que probable de café deslucía el conjunto. Bajo un brazo acarreaba una carpeta azul que parecía elegida a juego con el traje y en la otra mano un libro que Karlos reconoció nada más ver la portada. Dejó caer una sonrisa a modo de saludo y ocupó la silla que estaba al otro lado de la mesita.

Colocó la carpeta a un lado, abrió la novela y comenzó a leer el final en voz alta. Lo recitó con entusiasmo manifiesto y tras terminar lo dejó de nuevo sobre la mesa. Era el tercer volumen de la *Trilogía de Canaán*, una saga de enorme éxito escrita por el propio Karlos Larrea en donde el espionaje internacional por parte del Mosad, el servicio secreto israelí, era conducido por medio de una espía díscola y alocada de gatillo fácil y sexo hambriento que concluía el volumen matando brutalmente al policía francés que le seguía la pista atravesándole el corazón con un cuchillo de combate.

—¡Bravo! Un final espectacular. Una mujer bien empoderada que, eso sí, mata un poco. Por lo demás, deliciosa.

—Eso me dicen mis lectores, por algo soy el escritor más leído de nuestro país en este momento. Y ahora que ya me ha dado coba por mi trabajo, ¿va a explicarme por qué demonios estoy aquí detenido?

—No está detenido, está retenido, que no es lo mismo. Solo queremos hablar con usted un rato y que nos cuente lo que sabe acerca de un asunto que nos resulta de vital importancia y en el que me temo que anda, a sabiendas o no, implicado.

—¿En serio? Sorpréndame. Me encantan los misterios y los acertijos.

—Me consta que así es, pero vayamos por partes. Creo que debemos analizar la situación con cierta perspectiva. —El hombre que interrogaba abrió con parsimonia la carpeta azul oscuro que estaba sobre la mesa, sacando de su interior un número indeterminado de páginas con anotaciones hechas a bolígrafo y fotografías adjuntas. Varios clips metálicos brillaron bajo la luz mortecina de las fluorescentes de la sala—. Empecemos por el principio, ¿le parece?

—Claro, usted dirá, señor...

—Valero, soy Mario Valero, responsable, entre otros menesteres, de la Sección de Información y Contraespionaje del CNI. Le

ruego disculpe mi grosería por no haberme presentado al entrar, pero venía entusiasmado con la idea de conocerlo en persona.

Karlos asintió con la cabeza mientras observaba como Valero agrupaba las fotografías y los documentos en diversos montoncitos sin una razón aparente.

—¿Dónde está Alberto? —disparó.

—Su representante editorial se encuentra bien, no se preocupe. En estos momentos, el señor Seseña aguarda en la Oficina de Atención al Ciudadano de la Policía Local madrileña en Distrito Retiro, un poco desconcertado por su desaparición, eso sí, pero en perfectas condiciones. Sigamos con lo nuestro si no le importa —recondujo la conversación el del CNI—: usted es Karlos Larrea, así con ka, como el famoso cocinero Arguiñano de la tele, ¿no?

—Eso es. Igualito. Aunque él es algo más mayor y yo soy algo menos mañoso con los fogones.

—¿Es una euskaldunización de Carlos? —preguntó aparentemente interesado el agente de inteligencia.

—Sí. Realmente tanto Carlos con ce o Karlos con ka provienen de una misma raíz, el nombre germano Karl, el cual a su vez deriva del nombre Hariolus. Y, por cierto, su significado hace alusión a hombre, varón, fuerte, viril, marido o amante.

—Le viene que ni pintado entonces —soslayó Valero con cierto retintín.

—¿Por?

—Bueno —eligió un papel del que leer fingiendo que lo tomaba al azar—, usted es Karlos Larrea Guzmán. Nacido en Bilbao en febrero de mil novecientos sesenta y nueve. Es un escritor español con una impresionante trayectoria literaria que, desde sus comienzos autopublicando en Amazon hasta ahora, flamante ganador del Premio Universo, ha alcanzado todo tipo de reconocimientos y diversos galardones. Ha escrito, si no me he equivocado al buscarlo, una quincena de libros y tiene en su haber el Premio Barcelona Negra a la mejor novela policiaca, finalista en dos ocasiones de los Premios

Carvalho, premiado en la Nostra Asesina de Italia, mejor novela de suspense en Argentina... Dos de sus novelas han sido llevadas al cine y de otra han hecho una serie; eso sin contar las innumerables participaciones suyas en programas de televisión, de radio y colaboraciones en la prensa escrita. Todo un fenómeno, vaya.

—Es usted una Wikipedia andante.

—Pese a que en cuanto a los asuntos más personales de índole familiar las cosas no han salido tan bien —prosiguió el del CNI sin inmutarse ante el comentario sarcástico—. Se ha divorciado recientemente de su esposa con la que compartía veintiséis años de matrimonio además de tener en común a dos hijas de quince y dieciocho años, respectivamente.

—Como bien ha dicho, se trata de asuntos personales fuera de su incumbencia.

—Es usted una persona pública y, quiera o no, su vida privada termina en parte siéndolo también. Más aún cuando se le asocia un romance con Mei Ling Lee, la delegada cultural del consulado chino en Barcelona, de veintiocho años. Veinticinco menos que usted si no cuento mal.

—El amor no tiene edad ni tiene fronteras.

—El amor tal vez no, los países sí.

—Voy a repetirle la pregunta inicial: ¿por qué estoy aquí?

Mario Valero había esparcido sobre la mesa uno de los montoncitos en los que había apilado un cuantioso número de fotografías. En todas ellas aparecía Mei Ling retratada en diversos ángulos, paseando por la calle, a punto de acceder a la misión diplomática china, en un restaurante, tomando un taxi... Parecían instantáneas sacadas con potentes teleobjetivos desde una distancia lo suficientemente generosa como para mantener a buen recaudo el anonimato del fotógrafo.

—¿Es usted budista?

—¿Budista? ¿Por qué debería serlo? ¿Porque salgo con una mujer asiática?

—¿Lo es?

—No. Me muevo más entre el agnosticismo poco beligerante y la teología liberal más ecléctica; ahora bien, si tuviera que decantarme abiertamente por una religión, entre las no teístas sin duda alguna optaría por el budismo.

—¿Por qué le atrae tanto lo oriental?

—Porque pienso que, dentro del abanico actual de ofertas religiosas en las que un dios exclusivo queda un poco al margen, la doctrina budista es la única que se centra en buscar la paz, la armonía, el equilibrio y la tranquilidad, lo cual, si lo miramos con cierta distancia, es todo de lo que carecemos en nuestra acelerada vida moderna occidentalizada.

—¿Recuerda usted al niño lama español? Ese que por los años noventa fue declarado por el Dalai Lama como la reencarnación de un maestro budista.

—Sí, creo recordar que era andaluz. Sus padres eran hippies de manual y él vino al mundo coincidiendo con una profecía, lo que terminó marcando su destino. ¿Por qué?

—Bueno, pasó de combinar estudios y religión en un templo en la India a combinar pastillas y droga con música electrónica en la discoteca Pachá de Ibiza, otro templo, este de la cultura *rave*. Ahora es activista medioambiental y padre de un hijo.

—Y esto viene a cuenta de...

—De un documental que he visto en HBO sobre su vida. Me ha venido a la cabeza con lo del budismo.

Karlos Larrea se recostó contra el firme e incómodo respaldo de la silla, cruzando los brazos ante el pecho en una clara postura defensiva.

—¿Es usted comunista o lo ha sido en algún momento? —le preguntó Valero sin tan siquiera mirarle a los ojos.

—Ya sabrá usted que quien siendo joven no es comunista no tiene corazón, y quien una vez adulto no es socialdemócrata lo que no tiene es cabeza. Ya soy lo suficiente mayor, creo yo, como para estar

centrado. —El rostro del escritor comenzaba a mostrar síntomas de hartazgo. Tras una pausa breve se dirigió de nuevo a su interlocutor mirándolo a los ojos—: Si no estoy detenido, ni soy un delincuente, ni he defraudado a Hacienda, ni he dejado de pasar la pensión a mi familia, ni mi influencia política o religiosa trasciende más allá de mis reflexiones particulares sin caer en el radicalismo; intuyo que lo que parece interesarles, por eliminación, es mi maravillosa y placentera vida sexual.

Mario Valero sonrió nuevamente cuando de otro montón ordenado fue colocando una a una las fotografías de la chica en una fila paralela a la anterior, orientadas hacia su invitado para que pudiera verlas con facilidad.

—Me encanta charlar con escritores —aseveró alegre—, la capacidad de oratoria que manifiestan es interminable y su agudeza normalmente excelente.

—Recuerde que rara vez un hombre está a la altura de su retórica.

—Esa frase es buena. ¿Aristóteles?

—John le Carré, de su novela *The Russian House*.

—Me la apunto. Bien, Mei Ling Lee —comenzó a explicar el responsable del CNI algo más circunspecto— es en realidad Kumiko Wáng. Nació en la periferia de Chengdu, capital de la provincia de Sichuan, en mil novecientos noventa y cuatro en el seno de una familia campesina que explotaba una plantación agraria de trigo y otra producción de capullos de gusanos de seda. Compaginó los exigentes estudios de primaria... Por si no lo sabía —hizo un inciso Valero bajando el tono de voz como para hacer una confesión—, en China los estudiantes deben competir brutalmente entre todos ellos para acceder a las universidades y lograr los mejores trabajos. Su horario escolar es de siete días a la semana, siendo de lunes a viernes de ocho de la mañana a ocho de la tarde. Como le decía —continuó en tono normal—, Kumiko compaginó desde su infancia los estudios con unas extraescolares muy exigentes en el dominio de las MMA, o artes marciales mixtas según sus siglas en inglés, compitiendo en el

reconocido Club de Lucha Enbo, envuelto en la polémica moral desde su fundación por el exmiembro de las fuerzas armadas policiales chinas, debido al uso habitual de niños vulnerables por su situación de pobreza en combates clandestinos donde las apuestas circulaban sin rubor. — El dedo de Valero señalaba unas fotografías en donde una chica adolescente vestía un uniforme rojo de *wushu* con un dragón bordado en una hombrera.

»Su dominio de las MMA y el compromiso adquirido con la Liga de la Juventud Comunista de China la llevaron a acercarse a los líderes del Comité Central, ejerció en momentos puntuales incluso como guardaespaldas de alguno de ellos, logrando labrarse cierta proyección. No fue extraño, por tanto, que la joven Wáng, tras cumplir los diecinueve años y graduarse, entrara en la carrera militar de manera voluntaria en la milicia y más tarde en las Fuerzas Terrestres del Ejército Popular de Liberación. —El responsable del CNI señaló alternativamente con el dedo un par de fotos con la mujer vestida de uniforme de camuflaje, en una de las cuales mantenía en equilibrio, junto a otro centenar de chicas en perfecta formación, una botella de agua sobre la cabeza en una muestra de concentración y disciplina castrense extraordinaria.

»Finalmente, debido a su lealtad e implicación con el movimiento comunista y el gobierno chino, los servicios secretos decidieron captarla para la causa al considerarla un valor en alza. Fue entrenada ex profeso para este trabajo durante cuatro años, en los que aprendió varios idiomas, técnicas de combate, diplomacia, política internacional y manejo de armas. De hecho, participó junto a la selección china en las olimpiadas de Río de Janeiro en 2016 como miembro del equipo de tiro olímpico, donde, por cierto, aparece junto a Zhang Mengxue alzando una valiosa medalla de oro.

Karlos Larrea tomó atónito de la mesa la instantánea en la que Mei Ling aparecía mucho más joven (también más fibrosa y menos atractiva que en la actualidad, todo hay que decirlo) junto al equipo chino luciendo y celebrando el generoso medallero olímpico conseguido

en Brasil por la selección nacional. No podía creerse lo que estaba escuchando.

—No es posible —balbuceó—. Tal vez sea otra persona que se le parezca...

—Kumiko Wáng trabajó entre otros lugares, como en la República de Venezuela, tan de moda últimamente en boca de nuestros políticos —continuó Mario Valero—; lo hizo como funcionaria de la Embajada china en el municipio de Barautas, en Caracas, desarrollando una misión paralela a la diplomática consistente en captar nuevos agentes dobles al servicio de su país capaces de informar en caso de cualquier posible reducción de la producción de petróleo, tan vital para el desarrollo del gigante asiático. Posteriormente, tras un par de años desarrollando tareas de contraespionaje en Corea del Sur, y más tarde elaborando acciones de sabotaje e incluso de asesinatos a un par de agentes dobles en Taiwán, viajó a España con la nueva remesa de cargos y colaboradores de la misión diplomática china en Madrid, ataviada con una bonita y nueva identidad que es la que usted conoce, en donde desarrolló durante algún tiempo labores de agregada cultural en la embajada de la capital. Hace cosa de dos años se trasladó al consulado chino de Barcelona para dar continuidad a su trabajo, ahora en cooperación con la Generalitat, acaso aprovechando la situación inestable del Gobierno catalán, para inmiscuirse un poco en la política territorial.

Las tres últimas fotografías que reposaban sobre la mesa mostraban la llegada de Mei Ling a la embajada de Madrid y las instantáneas sacadas furtivamente en Barcelona.

—¿Es una espía? —preguntó Karlos pasando de la sorpresa a la indignación a medida que conocía cada vez más datos sobre su amante—. ¡No me joda! ¿Quién más lo sabe?

—Bueno —Valero puso cara de póker—, además de nosotros, que de alguna forma informamos a las agencias de inteligencia europeas cuando nos preguntan sobre temas de seguridad nacional, la siguen los americanos de la CIA, el MI6 británico, creemos

que el RAW, el Ala de Investigación y Análisis de India, el Mosad israelí que usted tan bien describe en sus libros y, ¡por supuesto!, no podía faltar en la fiesta el Servicio de Inteligencia Exterior ruso, el SVR, que no se pierde una y más en estas fechas tan belicosas con Ucrania.

—¿Y a qué se dedica entonces? Yo pensaba, por lo que me dijo, que coordinaba las tramitaciones para intercambios culturales de estudiantes y los simposios sobre gastronomía oriental cantonesa, además de revisar las ediciones traducidas al español de autores chinos contemporáneos como Wang Anyi, Xu Zechen o el mismísimo Premio Nobel Mo Yan...

—Eso es lo que oficialmente figura en su currículum y es cierto en parte. No obstante, Lee desarrolla una importante labor de espionaje internacional recabando información delicada de ciertos contactos muy precisos que ha ido forjando a lo largo de este tiempo. También creemos que está relacionada muy estrechamente con los servicios de seguridad de la misión china en España y con la policía patriótica de su país. Mantuvo en Madrid una serie de *encuentros*, llamémoslos así, con un alto responsable del Ministerio de Cultura y Deporte al que sonsacó cierta información sensible debido a la amistad que este hombre mantenía, a su vez, con un agregado del Ministerio de Defensa.

—¿Y ustedes no lo impidieron, a sabiendas de ello?

—Nos aprovechamos de la situación y colamos información falsa que el encargado de la Secretaría General Técnica le trasladó a su amiga china entre revolcones por las sábanas de seda del hotel Barceló Imagine de Chamartín, todo ello a cuenta de los fondos reservados que tenemos asignados; no está mal. A cambio, nuestro político mantuvo su matrimonio intacto sin que se conociera su infidelidad mientras se lo pasaba pipa con su amiga oriental. Cuando ya no nos resultó útil, lo enviamos al Instituto Cervantes de la República Checa para que siguiera ejerciendo labores culturales ayudando a Ramiro Villapadierna, el director de la institución en Praga.

—Y ella cambió también de aires...

—En efecto. Una vez que perdió su fuente de información, evitaron *quemarla*, dicho en el argot del espionaje internacional, y la trasladaron al consulado chino en Barcelona, donde usted la conoció.

—¿Ahora no ejerce de informadora para su gobierno?

—Al contrario —exclamó Valero levantándose y recogiendo los papeles y las fotografías para guardarlas de nuevo en la carpeta azulona—; su misión actual consiste en sonsacar datos valiosos a Liam Moore, un respetable sexagenario del Pentágono norteamericano afín al Partido Demócrata desde los tiempos de Barack Obama que ha decidido disfrutar de su ya inminente jubilación en las magníficas playas de Ampuriabrava, navegando por entre los canales de la villa a bordo de su discreto pero no por ello menos imponente yate de lujo, mientras hace que trabaja cuatro días entre semana en el Consulado General de los Estados Unidos de la ciudad condal sin dar un palo al agua.

»Cuando en marzo de este año vino a España de visita la secretaria de Estado adjunta Wendy Sherman con el objetivo de participar en el primer seminario bilateral de alto nivel sobre ciberseguridad España-EE. UU. —continuó explicando Valero—, Moore se reunió con ella en Madrid y entre otras cosas hablaron de la situación de Taiwán. Como bien sabrá, el Gobierno chino se plantea muy seriamente la posibilidad de invadir esa *antigua China* con el propósito de anexionársela, como Putin parece que quería hacer con parte de Ucrania, pese a que le está saliendo rana, si me permite el vulgarismo.

—Y a los chinos les interesaba conocer de primera mano la postura americana al respecto...

—Así es. Por ello, su amiga decidió acercarse previamente a Moore, algo que no le resultó demasiado complicado, dado el consabido gusto del norteamericano por las chicas jóvenes, atractivas e inteligentes. Por cierto, por si no lo sabe, aprovecho este inciso para ponerle al día puesto que Mei Ling Lee, además de estar con usted, con relativa frecuencia, también pasea en el yate del americano cada cierto tiempo poniendo de relieve su facilidad para manejar otras lenguas —espetó Valero desde la puerta de la sala de interrogatorios. Había

dejado sobre la mesa dos fotografías de la chica china bastante recientes. En una se la veía paseando por las Ramblas contenta, hablando por teléfono, ajena a su implacable observador armado con un eficaz teleobjetivo. En la otra se encontraba sentada en la proa de un barco junto al americano Moore, ataviada con un bonito bikini rosa cuya parte superior estaba a punto de desaparecer mientras sujetaba entre las manos algo más que un daiquiri presto a degustar.

—Nuestra relación es abierta —replicó descompuesto el escritor, apartando las fotos de su alcance visual—. No estamos atados el uno al otro.

—Menos mal, porque Mei Ling se trajina al viejo para sonsacarle cualquier buena nueva que llegue desde el Gobierno de USA. Todos lo sabemos, me refiero a los servicios de inteligencia que normalmente la seguimos. También lo sabe la propia CIA, así que dudo que le confíen al Liam el menor dato vital.

Hubo unos instantes de silencio. El responsable del CNI miró a Karlos Larrea con cierta lástima; no todos los días te arruinan la vida al desvelarte que tu novia es una agente china entrenada para matar, experta en las artes amatorias y que decide compartirte en poligamia con cualquier otra persona que pueda aportarle información vital para su país.

—¿Quiere un café?, ¿un refresco o un agua? —Ofreció Mario Valero mientras abría la puerta—. La luz del pasillo resultaba más intensa que la que nacía en el techo de la habitación.

—Sí, creo que me tomaré un café, si es posible.

—Claro. ¿Cómo lo quiere?

—Iba a decirle americano, pero se me han quitado las ganas.

—¿Un cortado largo le parece bien?

—Sí, por favor. Con dos de azúcar.

Antes de irse, Mario Valero escenificó con acierto, saliendo y volviendo a entrar casi a la par, una medida actuación en la que expresaba sus dudas:

—Tenemos todos los factores de la ecuación perfectamente controlados —dijo—, incluidas las posibles variables, pero hay una incógnita que no podemos despejar, si me permite el símil facilón del cálculo matemático. Esa incógnita es usted —prosiguió sin esperar su respuesta—; dígame: ¿por qué demonios Kumiko, ahora llamada Mei Ling, iba a interesarse por usted? ¿Cuál es el motivo que la ha conducido a convertirse en su amante? Esa es la única razón por la que está aquí, porque nosotros somos incapaces de dilucidar tal enigma al no entender el enunciado del problema...

CONSULADO CHINO, BARCELONA

JUNIO DE 2022, VIERNES

Mei Ling miraba continuamente su iPhone 13 silenciado que reposaba junto a su cartera de piel marrón en la enorme mesa de la sala de reuniones en la planta primera de la misión diplomática china en la capital catalana. La pulcra madera de abedul del mueble, brillante como una patena, reflejaba las lámparas del techo que colgaban caprichosas sobre las cabezas de los allí reunidos.

La mujer no había podido ir a buscar a Karlos Larrea al aeropuerto, como en un primer momento habían acordado, debido a la reunión imprevista convocada unas horas antes por sus superiores. Mei Ling había llamado al escritor un par de veces para avisarlo, pero el terminal de su amante no daba señal y, como delataban las marcas sin colorear en azul, tampoco había leído los mensajes de WhatsApp. Era extraño porque el vuelo debía de haber llegado ya al Prat y lo normal es que Karlos la hubiera llamado al no encontrarla allí esperándolo.

—¿Algo importante que debemos saber todos, teniente Lee? —espetó el coronel de inteligencia Chen Yang que presidía la sesión extraordinaria—. No le quita vista a la pantalla de su teléfono, ¿acaso es más importante que lo que yo tengo que decirles? —escupió severo

llamando al orden a su subalterna y haciéndola regresar de sus pensamientos.

—Disculpe, coronel —se excusó ella de inmediato apartando el *smartphone* a un lado—. Tan solo era una cita que he tenido que cancelar para estar aquí y no quería ser descortés con mi invitado. No me gustaría dejar en mal lugar a la delegación cultural de nuestro país.

El coronel Yang se dio por satisfecho ante la explicación y se dispuso a retomar el asunto central de la reunión de trabajo. Además de la propia Mei Ling Lee, junto al coronel estaban Yan Kun, uno de los responsables de los servicios de la policía china en España dependiente del MSS, el Ministerio de Seguridad del Estado, y Huang Chan, agregado de la Oficina de Inteligencia del Estado Mayor Conjunto.

—La extracción deberá adelantarse a pasado mañana domingo —indicó sin dar opción a que los demás rebatieran las órdenes—. Todo nos hace pensar, según la información que nos ha facilitado el MSS, que Shen Chen será trasladado en cuestión de días a Taiwán con una nueva identidad proporcionada por la CIA y sus aliados occidentales como le prometieron.

—Si me lo permite y con todo mi respeto —interrumpió Mei Ling, generando un cierto malestar frente las ortodoxas maneras de comportarse de los asiáticos cuando un superior les indica la manera de actuar—, creo terriblemente desacertado lanzar una operación tan delicada programada para dentro de una semana sin haber ensayado previamente, como teníamos previsto hacer estos días.

—¿Acaso no se ve capaz de ejecutar su trabajo, teniente Lee? Porque no me gustaría tener que informar al Comité Central de su ineptitud. Usted es la nueva responsable de las unidades de Seguridad y Extracción del sur de Europa, cargo que aceptó con todas las consecuencias. Sería una gran decepción para todos nosotros contemplar un fracaso por su parte, con las consecuencias que ello pudiera traer para su brillante carrera. —Las palabras del coronel sonaban con una mezcla entre la envidia incontenida, el machismo más arcaico y el burdo reproche.

—Yo nunca considero el fracaso como una posibilidad —se impuso Mei Ling con coraje ante tanta presión y tanta testosterona—. Únicamente expongo cómo las variables cambian significativamente si modificamos la manera de proceder que teníamos prevista para el miércoles próximo y adelantamos el plan para hacerlo este domingo. Por ejemplo, el tráfico es mucho menos denso los días festivos que los laborables, por lo que nuestros coches de distracción, seguimiento y operatividad pueden ser detectados con mayor facilidad; los horarios de los autobuses del transporte público se reducen considerablemente, por lo que habrá mayor número de personas esperando en las paradas incrementando la posibilidad de que más gente se fije en nosotros; los cambios de turno de los Mossos d'Esquadra y de la Policía Local varían los domingos, así como la duración y asignación de recorridos por las diferentes zonas de la ciudad... En fin —concluyó mirando de nuevo el móvil de soslayo como por instinto—, le podría dar una docena de motivos por los que me parece precipitado adelantar de esta manera el operativo sin haberlo estudiado al detalle, no quiero resultarle pesada con más datos técnicos...

—¿Pesada o acaso impertinente? —intervino el mando de la policía china en España harto de estar aburrido en la reunión como una figura de cera en su museo—. Creo que las órdenes están muy claras y usted está aquí para cumplirlas. Organice la operativa de la misión como usted quiera, pero Shen Chen debe salir de España el domingo hacia nuestro país. Su traición a nuestro gobierno ha quedado perfectamente demostrada como usted misma y el Estado Mayor han podido comprobar. Le quedan dos días para planificarlo.

El general Yang, conforme con la oratoria de su homólogo, se levantó dando por zanjada la reunión desplazando hacia atrás de manera brusca la silla tapizada con ante de color granate, lo que provocó que un sonido desagradable invadiera la estancia.

—El camarada Kun tiene razón. Chen es un traidor y debe rendir cuentas. Tiene usted cuarenta y ocho horas para planificarlo todo, no las desaproveche.

—Quisiera pedirle una última cosa —osó decir Mei Ling frunciendo el ceño ante el roce de las patas de la silla con el suelo de baldosa. Chen Yang la observó como Medusa, intentando petrificarla con la mirada. Pero fue en vano, ella siguió hablando, evitando el contacto visual y sin esperar respuesta—: Necesito tener total libertad para decidir a qué hombres voy a utilizar, puesto que parte de los miembros de mi equipo habitual están en otra misión, así como libertad absoluta de movimientos y movilización de cualquier tipo de recursos necesarios.

—Eso ya lo tiene normalmente, teniente.

—Sí, coronel, pero antes debe ser usted informado, así como el Comité Central de Seguimiento, pero en este caso ante la premura del operativo no puedo detenerme en eternas autorizaciones burocráticas.

El jefe militar puso los ojos en blanco y miró al cielo en busca de la ayuda inexistente del Buda Amitabha celestial para que le rescatara con sus eternos méritos y buenas acciones en vidas pasadas de las insolencias de su subalterna.

—De acuerdo —gruñó de mala gana mientras abandonaba la sala—. Que conste en el acta que tiene mi permiso directo para actuar con plena libertad, pero no mencione que me lo ha propuesto usted misma a la hora de redactar el informe final cuando concluya su trabajo.

—Gracias, señor.

CENTRO NACIONAL DE INTELIGENCIA, MADRID

JUNIO DE 2022, VIERNES

Mario Valero entró en la sala adjunta. En ella se encontró de bruces con una mujer alta y delgada apoyada contra el armario de persiana mientras sujetaba un vaso de café humeante y observaba a través de la cristalera, que a este lado del espejo se convertía en un enorme

ventanal blindado trasparente, al sujeto sentado con muestras de ansiedad en el *País de la Maravilla*, tal como llamaban los agentes a la sala de interrogatorios de baja seguridad. Elena Guisasola era una de las psicólogas forenses del CNI, experta en el ámbito de la perfilación criminal, análisis de la conducta delictiva y de conductas criminales. Basándose en los gestos, posturas, respuestas y sensaciones era capaz de elaborar patrones de comportamiento ciertamente concluyentes. El rostro de la experta, ovalado y muy maquillado, recordaba vagamente a Glen Close en *Cruella de Vil*, con unas pestañas largas en exceso embadurnadas en rímel que parecían querer salirse de aquella ténpera viviente. Aspiraba un cigarrillo con absoluto descaro pese a estar prohibido en todas las dependencias del centro.

—Elena, por favor, ya sabes que no se puede fumar aquí —le recordó Valero. Ella, sin inmutarse, apagó el pitillo sumergiéndolo en el vaso de café—. ¿Qué opináis, chicos? —continuó el responsable camino de la máquina de infusiones. Al lado de ella, sentado frente a la nevera, se encontraba Fernando Menéndez, el director adjunto de los Servicios de Contraespionaje españoles. Era un hombre maduro algo mayor que Valero, vestido con un traje gris de corte clásico. La corbata granate rompía el tono neutro del conjunto y en ella destacaba un alfiler conmemorativo del Ejército del Aire. Apuraba un té con limón ya frío nada apetecible y se atusaba la barba como queriendo comprobar si la llevaba perfectamente recortada. Tenía unos ojos claros y transfería una mirada potente, de mando, acostumbrada a impresionar.

Al otro lado de la mesa blanca de melanina que ocupaba el centro de la estancia, un tercer individuo, Alberto Herrera, jefe de operaciones de los agentes de campo, especializado también en los asuntos propios de la política diplomática, miraba desde la distancia al escritor vasco rascándose la barbilla en un gesto de profunda reflexión. Vestía de manera informal, con vaqueros, un polo naranja y unos náuticos. Marcaba unos rasgos suaves en una cara un tanto aniñada, barbilampiña, que dificultaba averiguar qué edad tenía. Fue este último quien habló primero:

—O este tío es la hostia de listo y disimula a la perfección o yo diría que no tenía ni puta idea de lo que usted le ha contado sobre Kumiko.

—Estoy de acuerdo con Herrera —aseveró el mayor de los cuatro—. Da la impresión de que el escritor no sabía nada sobre su amante china y no lo veo preparado ni mentalmente ni con una estrategia previamente elaborada como para engañarnos a todos.

—¿Tú qué dices, Elena? —le preguntó Mario Valero a la par que se agachaba para sacar un botellín de agua de la nevera. Vio unas latas de cerveza tostada al fondo que no deberían estar ahí.

—La expresión postural y los gestos durante toda la exposición dan a entender con claridad las diferentes etapas vividas durante la misma —argumentó la psicóloga con una voz de contralto muy esclava, a tono con la solemnidad y cierta pedantería de su discurso—. Primero presentaba una pose de seguridad —continuó—, pero a medida que ha ido conociendo los datos se ha desmoronado. Ha pasado a una actitud defensiva, pero probablemente por el desconocimiento de los hechos en sí, hasta llegar ahora a encontrarse en una fase de asimilación. Trata de entender su vida en estos momentos analizando la situación actual.

—¿Qué cojones está haciendo la china con él, Fernando? Dímelo tú que has lidiado en mil batallas —se dirigió Valero al director adjunto proveniente de la escuela castrense. Entre ellos se tuteaban por la proximidad en la edad y la confianza que mantenían desde hacía unos cuantos años.

—Esa es la pregunta del millón. Bien sabes que todos los informes señalan la simplicidad, en términos estratégicos, tácticos, operáticos o políticos, de Karlos Larrea. Fue el responsable del Departamento de Compras del Carrefour en Vizcaya hasta mil novecientos noventa y ocho en que pasó a ser funcionario de la Administración Pública en Bilbao durante veinte años tras sacar la oposición en el Área de Cultura y Gobernanza en el Ayuntamiento de su ciudad. —Menéndez se concedió un momento para terminar el té de

un sorbo haciendo un gesto de desagrado al tragarlo y continuó ojeando el dossier impreso—: Después, como ya sabemos, dio el pelotazo con sus libros, primero por internet con Amazon y más tarde cuando fichó con las editoriales más importantes adjudicándose todos los premios del momento y ser catapultado a la fama en poco más de cuatro años. Es un libro en blanco, nunca mejor dicho. No oculta nada.

—Es un idiota —recalcó Alberto Herrera—. Una vez que lo consigue todo, como la pasta no le falta, deja a su familia mantenida a base de talonario y se lía con una joven que podía ser su hija. ¿Para qué? ¿Para follar mejor y de manera exótica unos años? Total, luego se aburrirá de jugar a las chinas...

—Por favor, no seas tan vulgar —exclamó Guisasola desagradada por el comentario—. El amor es imprevisible siempre.

—¿Por qué lo llamas amor cuando quieres decir sexo?

—Sé muy bien lo que quiero decir, no necesito que emplees frases cinematográficas tan manidas.

—La cuestión es si podemos utilizar a nuestro favor esta situación, como habíamos valorado anteriormente —recondujo Mario Valero la conversación que se iba por terrenos agrestes.

—Hace falta que él quiera participar voluntariamente, eso sería lo mejor. De todas formas, jugamos con muchas bazas a nuestro favor para convencerlo —valoró el militar.

—Hará falta suministrarle un entrenamiento nimio para que no lo descubran, pero es un tipo listo pese a estar absorbido por un chochito oriental en el sentido literal de la expresión; no sabéis cómo son estas asiáticas, se entregan por completo al tantra amoroso.

—¡Eres un puto machista! —soltó la psicóloga furiosa y su voz sonó dos escalas más graves de lo habitual.

—No, señora —continuó el experto en agentes de campo—, tuve la fortuna o la desgracia, según se mire, de comprobarlo en persona al ser destinado a nuestra delegación en Laos. Casi pierdo la vida, y no es un eufemismo, cuando me encoñé con aquella chica vietnamita que resultó estar en nómina de una facción reminiscente de

EPLL, el que fuera Ejército Popular de Liberación de Laos en los años setenta.

—El sudeste asiático, un mundo exótico y caótico, a la vez conviviendo en una extraña relación —añadió ella retornando a su calma sempiterna sin entusiasmarse demasiado por la historia desgranada por el compañero. Su mente, más bien, rememoraba recuerdos gratos de un viaje romántico a Bali que se almacenaba en algún lugar privado de su cabeza.

—Y tanto. Aquello es un revoltijo comunista de países sumidos en una historia reciente plagada de muertes y crueldades —continuó Alberto mirando a la psicóloga para darle una explicación de su vivencia—. Desde las matanzas indiscriminadas y genocidas de los Jemeres Rojos en Camboya, hasta la guerra de Vietnam, pasando por la llamada Guerra Secreta de Laos; esa que pretendió ocultar la CIA ante los ojos de la opinión pública porque, hombre, tirar dos millones de toneladas de bombas, a razón de un avión lleno cada ocho minutos durante las veinticuatro horas de cada día durante los nueve años que duró el bombardeo estadounidense sobre la población desarmada en un país neutral, quieras que no, está feo.

—Los marines estaban cayendo mientras como moscas en la Guerra de Vietnam —corroboró el director adjunto conocedor del tema—, así que los americanos decidieron arrasar el país laosiano tras haberlo antes sumido en una guerra civil, muy al estilo de la CIA.

Valero había servido mientras tanto en un vaso de cartón un café largo de la Melitta, huyendo de la máquina expendedora de infusiones por su bien sabida facilidad para limpiar los intestinos, y lo había manchado con un poco de leche para llevárselo a Karlos Larrea, tal y como le había pedido. Cogió dos azucarillos de un tarro junto a una cucharilla de plástico enfundada. Se guardó el botellín de agua en el bolsillo y se dispuso a marcharse.

—Cuando terminéis con las batallitas quiero que empecéis a elaborar un proyecto de adiestramiento básico acelerado. Tenemos que prepararle lo antes posible. No sabemos con certeza qué trama Mei

Ling Lee y puede ser nuestra oportunidad para averiguarlo. Y, por cierto, ¿cómo va la vigilancia sobre Shen Chen? La próxima semana estará preparado todo el operativo para sacarlo del país con la máxima discreción. Pese a que la CIA quería llevárselo a Estados Unidos, él prefiere ir a Taiwán, donde se crio de pequeño a manos de su tía abuela a la que adora y a la que quiere cuidar en el escaso tiempo que pueda quedarle a la nonagenaria mujer.

»Toda la información que ha estado pasando sobre la supuesta piratería que el gobierno chino estaba haciendo a la empresa de biotecnología Moderna y sus avances en las vacunas del covid-19 han sido muy relevantes.

—Eso y el aviso de que el Ministerio de Seguridad del Estado chino estaba introduciendo nuevas medidas para combatir la temida infiltración de, ¿cómo lo llamaban?, *fuerzas hostiles* en empresas chinas y otras instituciones afincadas en nuestro país —remató Fernando Menéndez—. La lista de empresas y organizaciones consideradas en riesgo de infiltración extranjera que nos entregó nos puso sobre alerta.

—Cierto.

—Tenemos una unidad siguiéndolo las 24 horas —continuó Alberto Herrera—. Pero me da en la nariz que los chinos se huelen algo, creo que sospechan de su traición, deberemos agilizar cuanto podamos su huida de España.

—Razón de más para que no le quitéis ojo de encima mientras tanto —razonó Valero abandonando la estancia.

- - - - -

—¿¿Quiere que me convierta en un espía?? —repitió incrédulo Karlos Larrea—. ¡Venga, hombre, no me haga reír! Ni en la mejor de mis novelas se me hubiera ocurrido algo tan absurdo.

—No se lo estoy pidiendo —respondió serio Mario Valero dando un sorbo al botellín de agua—, se lo estoy ofreciendo a cambio

de no meterlo en una cárcel de alta seguridad y tirar la llave de la cerradura al Manzanares.

—Los tiempos de la Stasi en la Alemania Oriental ya han terminado hace mucho y las técnicas guantanamo me parece que no le van demasiado. Casi le cuadran más los *Versos sencillos* de José Martí que la intromisión americana en la isla.

—Mire, señor Larrea —advirtió el responsable de la inteligencia española entrecruzando los dedos y aproximándose a su invitado forzosamente sentado al otro lado de la mesa—, la realidad es que usted está en connivencia con una espía reconocida del MSS, la inteligencia china, con la que mantiene una relación afectiva y de dependencia que va contra la seguridad nacional.

—¡No me joda! ¡Eso no se lo cree ni usted!

—No me lo tengo que creer yo, sino los jueces que se encargan de dilucidar en los tribunales militares si está usted poniendo en peligro o no la Defensa Nacional.

—No pueden aplicarme la jurisdicción militar puesto que soy un civil. No sé demasiado de leyes, pero la Constitución, si no recuerdo mal, limita la jurisdicción militar al *ámbito estrictamente castrense* y a un estado de sitio o tiempo de guerra, es decir una declaración de guerra, en la que por fortuna no estamos.

—¿Qué se apuesta? Las guerras bien sabe usted que ya no se declaran como antaño, sino que se entablan, como ha decidido Rusia, de golpe y porrazo. Así que desde Defensa han tomado la calle de en medio y en el nuevo Código Penal Militar español donde antes ponía *en tiempo de guerra*, han escrito encima y ahora se puede leer *en situación de conflicto armado*. Cambiar el concepto tasado por otro indeterminado es hábil, puesto que deja abierto un abanico de posibilidades, porque se me ocurre que, en el caso de Ucrania, donde intervenimos como parte de la OTAN, no me negará el evidente conflicto armado. Y usted puede estar poniendo en entredicho nuestra Seguridad Nacional pasándole información a una espía de China que, a su vez, pueda servir al Kremlin a tomar decisiones estratégicas una vez

trasmitida de manera discreta por los representantes del gigante asiático.

—¿¿Qué información le voy a pasar yo?? ¿La previsión del tiempo para los días venideros según el Meteosat?, ¿el argumento de mi próxima novela?, ¿la pensión carísima que estoy ingresando puntualmente a mis hijas y a mi ex en su cuenta bancaria?

—No lo sé, dígamelo usted.

—Esto es de locos. —Karlos se echó hacia atrás de nuevo con los brazos cruzados sobre el torso con tal ímpetu que la mesa se agitó y a punto estuvo de derramar el café que quedaba en el vaso.

—¿Recuerda usted el caso del periodista español Pedro González acusado de traición y de espiar para los rusos? —le preguntó Valero.

—Claro. Lleva cuatro meses detenido en Polonia sin saberse muy bien el porqué. Son todo especulaciones, como las que me acaba de lanzar a bocajarro.

—La Fiscalía lo acusó de ser un espía ruso; desde entonces lo tienen incomunicado en la prisión de alta seguridad de Radom catalogado como prisionero peligroso.

—Violando varios artículos de la Convención de Derechos Humanos por parte de Polonia...

—Ya. Pero lleva camino de pudrirse en la cárcel, al menos hasta que termine la ocupación rusa. ¿De verdad quiere que sigamos por estos derroteros? —trató de conciliar el responsable del Servicio Secreto—. Nosotros no obramos igual que Polonia, como norma general, aunque su situación es delicada. Sin hablar de su brillante carrera literaria, de la cual puede despedirse porque nadie le va a publicar ni le van a dar un mísero premio si dejamos caer que usted es un traidor que pasa información privilegiada al Gobierno chino que puede llegar a desestabilizar a la propia Unión Europea y desfavorecer a los ucranianos.

—Usted sabe que eso no es cierto.

—Demuéstremelo. Colabore con nosotros y siga haciendo su vida normal. —Como por arte de magia, como si de un brillante manipulador de naipes se tratara, Jaime Valero sacó de su chistera un billete de avión abierto para el puente aéreo Madrid-Barcelona de ese mismo día y lo depositó en la mesa bajo las mismísimas narices del escritor bilbaíno—. No se preocupe, tiene plaza reservada en clase VIP y nosotros mismos le montaremos en el avión que sale en media hora.

Laorea miró el reloj, cogió el billete de Iberia y lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—No creo que llegemos a tiempo. . .

—No se preocupe por eso. Nos esperarán.

—De acuerdo, ¿qué he de hacer? —dijo finalmente a su pesar. Según se escuchaba, se dio cuenta de lo voluble y cobarde que era. Se hallaba desbordado por la situación y ya no era capaz de resistirse más con tal de abandonar aquel lugar asfixiante antes de terminar volviéndose loco ante tanta información.

—De momento nada. Continúe su vida normal. Explique a su novia que ha perdido el vuelo porque tenía tantos fans esperando para firmar sus libros que no ha podido evitarlo; seguro que le cree si conoce bien su ego tan hedonista.

—Eso ha sonado a sarcasmo.

—Le devolveremos ahora el móvil. Llame también a su agente de la editorial e invéntese algo sobre una confusión de la Policía Local con alguien que se apellidaba igual que usted o algo así; al fin y al cabo, es usted escritor ¿no? Algo se le ocurrirá. —El del CNI chascó la lengua—: Como la lógica le dictaminará, de todo esto que hemos hablado ni una palabra a nadie.

—¿Cómo contacto con ustedes?

—De eso nos encargaremos nosotros. En su iPhone hemos añadido un contacto nuevo que pone *Patricia: Gestión de publicidad a través de microinfluencers*. Utilícelo solo en caso de emergencia y atienda las llamadas que provengan de ese número. Y si envía un SMS o WhatsApp a ese contacto, bórralo de inmediato para que no quede

constancia a la vista. No use el Telegram, lo tienen pinchado los rusos desde que comenzó el conflicto del Dombás y hay un montón de palabras clave por las que monitorean los mensajes. Además, desde ahora su teléfono será rastreado por GPS permanentemente desde nuestra agencia. Sabremos dónde se encuentra en cada momento si lo lleva encima.

—Qué bien. Tengo al Gran Hermano metido en mi casa. Solo les falta ponerme una cámara en el salón y grabarme todo el puto día, así podrían estar al corriente de cómo me masturbo viendo el OnlyFans cuando me aburro.

Valero esgrimió una leve sonrisilla que le alzó suavemente la comisura de los labios:

—Eso ya lo hemos hecho hace tiempo, señor Larrea.